

LA EDUCACIÓN MUSICAL DE LA MUJER EN BOGOTÁ DE 1880 A 1920

Martha Lucía Barriga Monroy
Universidad del Cauca

RESUMEN

La educación musical de la mujer en Bogotá se desarrolló de dos formas: Informalmente, pagando a un profesor que iba a domicilio a enseñar, y formalmente, cuando la Academia Nacional de Música abrió una sección para señoritas en 1887. Así nació una nueva profesión para la mujer.

La educación musical fue discriminatoria, ya que solo las señoritas de clase social alta tuvieron acceso a la Academia. Las mujeres negras e indias no tuvieron acceso a ningún tipo de educación formal.

ABSTRACT

WOMAN'S MUSICAL EDUCATION IN BOGOTÁ, FROM 1880 TO 1920

It was developed in two ways: Informally, girls and ladies took music lessons at home, paying a teacher. Formally, as the National Music Academy opened a women's section in 1887. Then, a new woman profession was born.

Music education was discriminative, since only women belonging to high social class could enter the Academy. Black and Indian women could not have access to any type of formal instruction.

INTRODUCCIÓN

Conocer sobre la educación musical de la mujer en Bogotá, de 1880 a 1920, y determinar cómo surgió para ella una nueva carrera profesional, considerada muy honrosa, fue el objetivo de este estudio, que se centró en dos aspectos: la mujer en el contexto bogotano y su educación musical, propiamente. Este análisis se ha realizado gracias a las fuentes primarias en manuscritos, memorias y artículos publicados en periódicos de la época.

LA MUJER EN EL CONTEXTO BOGOTANO DE 1880 A 1920

Blancas, negras, indias y cholos. Ricas y pobres. Según nos dice Alfred Hettner¹, viajero por Bogotá entre 1882 y 1884, solo el 15% de la población bogotana podía calificarse de gente blanca, probablemente tampoco del todo libre de mezcla con sangre india; de negros y zambos, no había sino entre el 1 y el 2%; el remanente se componía de cholos, o sea una mezcla entre indios y blancos, y de indios puros o casi puros, por partes iguales más o menos.

Hasta 1880, pertenecer a la clase alta en Bogotá significaba ser blanco y poseer un capital. Los blancos, así como los mestizos, ocuparon altas posiciones sociales y los cargos importantes. Solo unos pocos indios, excepcionalmente, llegaron a ocupar un cargo político.

Pero en ese decenio comenzó a cambiar el perfil de los grupos sociales, en cuanto se vivió un proceso de recuperación económica, y además surgió y creció el grupo de banqueros, comerciantes, industriales e importadores. Entonces el hecho de tener “capital” proporcionó posibilidades de ascenso a aquellos que no tenían “ancestro”. Pero esto de ninguna forma terminó en forma definitiva con la discriminación racial.

Pertenecían también a este grupo social los latifundistas, que vivían en la ciudad de sus rentas, dirigiendo el cultivo de sus campos por medio de administradores o mayordomos; los altos funcionarios de la política, y de menos categoría; y los miembros de la nobleza, constituida por quienes vivían de las profesiones liberales, tales como médicos, abogados, profesores, etc.

La clase que merecía toda la simpatía en Bogotá estaba conformada por los artesanos. Eran liberales en su gran mayoría, y accesibles a las ideas nuevas, deseosos de ilustración, que buscaban en todas partes, y pertenecientes a la religión católica.

¹ HETTNER, Alfred (1882-1884) “Viaje por los Andes colombianos”, en: ROMERO, Mario Germán (1990): **Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX**, Bogotá, Colombia, Villegas Editores, p.214.

La clase baja estaba constituida por la gente del pueblo, palabra utilizada por los bogotanos en el sentido de «plebe» o «indios civilizados». Ellos, con su trabajo, cultivaron la tierra y mediaron el tráfico económico, pero además se constituyeron en las bestias de carga de las clases superiores y fueron quienes desempeñaron los oficios más bajos; las mujeres indígenas, por su parte, trabajaban aún más duro que los hombres. Los hombres también fueron carne de cañón durante las guerras civiles².

Los extranjeros fueron un grupo que gozó de gran acogida en Bogotá. Esto se atribuyó a que no constituyeron un grupo numeroso en la ciudad; hacia 1885, no pasaban de doscientos. Alemania estaba representada por comerciantes e investigadores; Francia, por gente dedicada al comercio al por mayor y detal, peluqueros, confiteros, hoteleros, entre otros; Italia, por arquitectos, modelistas, comerciantes, estañadores, músicos y zapateros remendones, entre otros; solo había dos o tres suizos en el país³.

Las diferencias entre los grupos sociales se hicieron muy notables en el vestir ostentoso de unos y el humilde de otros:

- En los grupos aristocráticos, la moda consistió en el uso de las levitas, pantalones largos, zapatos de charol y sombreros altos de copa. Las jóvenes que asistían a las veladas llevaban sobre sus vestidos una mantilla, de la cual se despojaban a la entrada de la reunión, y tras ellas llevaban de escolta a la “china” o sirvienta, quien cargaba el farol para iluminar el camino⁴.
- En los grupos de gentes humildes, los hombres llevaban solo una camisa, calzón de tela de algodón grueso, ruana de lana y sombrero de paja, de acuerdo a la descripción de Le Moyne⁵. Los campesinos de la Sabana eran apodados “orejones”, porque acostumbraban usar debajo del sombrero de jipa un pañuelo de rabo de gallo, cuyas puntas se asomaban por los lados semejando dos grandes orejas de conejo. Los negros vestían calzones, camisas y ruanas de rayas.
- Las indias vestían trajes de algodón, como los que vistieron cuando llegaron los conquistadores, caminaban descalzas o con alpargatas. Cubrían el torso con una simple camisa, o a veces con una tosca mantilla negra, según relatos de un viajero⁶.

² ROTHLSBERGER, Ernst. (1963): **El Dorado, Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana**. Versión castellana de Antonio de Zubiaurre, Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, Talleres gráficos del Banco de la República., pp. 103-104.

³ *Ibid.*, p. 99.

⁴ POMBO, Manuel. (1936): **La niña Águeda y otros cuadros**. Bogotá, Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, Editorial Minerva S. A.

⁵ Citado en **Historia de Bogotá**, p. 78.

⁶ ROTHLSBERGER, **Op. Cit.**, p. 77.

- La alpargata era el calzado popular y el que usaban la mayor parte de los soldados. Definitivamente, el calzado era un distintivo claro de las clases sociales. Las prostitutas andaban descalzas, con el fin de lucir anillos en los dedos de los pies, y despertar la envidia de las señoras y señoritas aristocráticas.
- Las beatas rezanderas, que vestían los santos para las procesiones, se distinguían por llevar atuendos de color negro.

A través de los avisos publicados en los periódicos de la época, podemos darnos cuenta de la gran diferencia en el vestir entre las mujeres pertenecientes a las minorías, y las damas de la aristocracia. Tomemos por ejemplo el aviso publicado por el almacén **A LA CAMPANA DE ORO**, localizado en la calle real, número 17 l 49. En él se anuncia que acaba de recibirse un surtido de artículos franceses que se realizan a precios muy módicos, entre los cuales menciona:

abanicos pompadur, botones dorados y plateados para trajes de señoras, blondas de seda y de lana, cuellos y paños de lino bordado para señora, guantes para señoras, caballeros y niños, gorras para señoras y señoritas, mantillas de cachemira ricas, medias blancas y de colores para señora y niños, paño de fantasía para botas de señora, pañolones para niñas y señoras, redecillas de pelo para la capul, sombreros para niños y señoritas, calzado para señoras y niños...⁷

Los oficios de las mujeres. Las mujeres, por lo general, casi no salían de la casa, excepto para ir a misa en la mañana o, las de clase alta, a alguna reunión o velada en casa de amigos. En general, casi ninguna mujer trabajaba fuera de casa, salvo si ejercía la profesión docente en algún centro de enseñanza primaria, o si se trataba de alguna viuda que hubiera heredado algún establecimiento de comercio de su marido, y tuviera que atenderlo ella misma.

Había mujeres que contribuían al presupuesto del hogar, debido a estrecheces económicas, en cuyo caso se dedicaban a la modistería y la culinaria, a la confección de trajes y preparación de platos para fiestas o veladas de damas acaudaladas.

Las mujeres pertenecientes a estratos bajos de la población, o a minorías negras o indígenas, tenían que trabajar en oficios como el servicio doméstico, el lavado y planchado de ropa, de aguateras o expendedoras en el mercado. La clase popular que se encontró en las ciudades era analfabeta casi en su totalidad.

⁷ **Diario de Cundinamarca**, Bogotá, sábado 5 de marzo de 1881, p. 212.

Formas de vida y dominación. La influencia extranjera en las formas y en los gustos se hizo más fuerte, aunque para algunas bogotanas pertenecientes a las clases altas era importante conservar la tradición expresada en el vestido, la comida, las devociones y las fiestas. La confrontación entre lo nacional y lo extranjero se hizo cada vez más persistente.

La vida intelectual se desarrolló particularmente en Bogotá, en donde se organizaban reuniones, tertulias o veladas de continua discusión política e ideológica, y en las cuales se recibía además el aporte extranjero. Bogotá se hizo el centro de difusión cultural en las artes, en la medida en la que las letras, la música y la pintura iban acompañando y amenizando tales reuniones.

El ámbito de circulación de textos y libros fue estrecho, debido al alto nivel de analfabetismo en el que se encontraba la sociedad; pero los periódicos se encargaron de formar y deformar las diversas corrientes de opinión en el ambiente citadino. Entre algunos de los periódicos de la época podemos citar los siguientes: *El Sol*, *El rayo X*, *El Porvenir*, *El Comercio*, *El Semanario*, *El Conservador*, *El Diario de Cundinamarca*, *La Siesta*, *El Liberal*, *El Papel Periódico Ilustrado*, *El Artista*, *La Nación*, *La Escuela Normal*...

Una característica de la época fue la prestación de servicios públicos por parte compañías privadas: "El presupuesto de la ciudad no era suficiente para construir y administrar tales modernismos, y por ello el Consejo vio necesario y prioritario ceder derechos y monopolios a compañías privadas"⁸. De igual manera, cuando la prestación del servicio no arrojaba ningún lucro para tales compañías, el Consejo delegó su administración en Juntas especiales: Junta de Aseo y Ornato, para velar por el abastecimiento de agua y por la higiene de la ciudad, y la Junta General de Beneficencia, en la cual el Consejo delegó la mayor parte de sus obligaciones en la Sociedad San Vicente de Paúl.

La sociedad S. V. de P. se encargó de la caridad, educación y asistencia a los desamparados bogotanos. Se ocupó tanto de proporcionar limosnas a las personas vergonzantes, como a las escuelas, enfermos, huérfanos, artes y oficios, menesterosos, desocupados, etc. Contó con las siguientes secciones:

- a) Hospitalaria: que atendía asilos y hospitales.
- b) Docente: que con apoyo oficial sostenía tres escuelas primarias y cuatro anexas de artes y oficios, educaba casi a mil niños, editaba textos escolares y subvencionaba la escuela de niñas en Las Nieves; apoyaba la educación productiva en las mujeres, con escuelas de modistería, tejido, sombre-

⁸ MEJÍA PAVONY, Germán. (1998): "Condiciones de vida y dominación a finales del siglo XIX", en: **Boletín de Historia**, Bogotá, Colombia, V.5. No 9-10, enero-dic.

rería, etc., y patrocinó por primera vez el empleo de mujeres en establecimientos tipográficos, fábricas de cigarrillos, y otros; en 1893 creó una institución nueva y muy útil, educando niñas que se convertían posteriormente en buenas sirvientas, conocedoras de todos los oficios domésticos, religión, lectura y escritura.

c) Limosnara: repartía contribuciones y visitaba a los pobres vergonzantes.

d) Medicante: Llevaba listas de personas de alta capacidad económica, limosnas y donaciones; realizaba caridad privada, mediante actividades socio-culturales, tales como bazares, veladas musicales con la Academia Nacional de Música o con jóvenes pianistas y cantantes, conciertos públicos y carreras de caballos.

e) Catequista: difundía la religión católica entre las clases pobres y trabajadoras. La Iglesia Católica fue para las clases bajas la única representante de sanción moral y de un idealismo hacia algo más alto e inapreciable.

Así, al empezar el siglo XX comenzaron a ser evidentes los símbolos de la dominación: el profundo distanciamiento entre los diversos grupos sociales, en una ciudad conformada por ricos y pobres, y el control cada vez mayor de la élite aburguesada sobre los diferentes aspectos de la vida cotidiana bogotana.

Por otra parte, los residentes comunes y corrientes llevaban su vida de tal manera que no les implicara grandes dificultades y no interfiriera con lo que consideraban relevante en sus vidas, como lo era el conservar la libertad en el interior de su casa, relacionarse con las personas de su mismo grupo social, reunir lo necesario para llevar una vida acomodada y conseguir la salvación eterna. He aquí algunos elementos de la forma de vida de los bogotanos de la época:

- Bogotá no perteneció a sus habitantes, por ausencia de “una conciencia pública como hecho colectivo. Lo público y lo privado se erigieron en esferas separadas e independientes”⁹.

Los bogotanos transformaron el interior de sus casas en su espacio propio, protegiendo su intimidad e individualidad, por las prácticas sociales; entonces hubo una gran valoración de lo privado, que se proyectó en el espacio interior de las viviendas, en contraste con el completo descuido de lo exterior de la casa; así, los habitantes de la ciudad poco aportaron y participaron en la construcción de una vida y un destino común. Convirtieron a las autoridades en los únicos responsables del bienestar general y consideraron el acto de gobernar como algo ajeno a ellos. En los bogotanos no se formó conciencia de que la ciudad era un bien colectivo¹⁰.

- La rutina diaria se ordenó conforme a los preceptos religiosos.

⁹ *Ídem.* (1999): **Los años de cambio. Bogotá**, Editorial Universidad Javeriana, p. 394.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 397.

- Predominó lo masculino en cuanto a las relaciones interpersonales y al manejo de los asuntos públicos, en contraposición a la valoración de los espacios privados como algo femenino.
- La vida nocturna se realizaba fuera del contexto residencial, en la convivencia con grupos sociales que no se consideraban iguales.
- La tertulia, las veladas y el gusto por la conversación.
- La única participación colectiva se realizaba en los grandes eventos y festividades.
- Los bogotanos sintieron especial predilección por las corridas de toros, las peleas de gallos y los juegos de azar.
- Pero los espacios interiores fueron el lugar favorito de aquellos que tenían los medios para convertirlos en “castillos” o residencias casi palaciegas, características de las élites de fines del siglo XIX. Esto dio lugar a la ostentación y al lujo. Como nos expresa el profesor Rothlisberger, viajero hacia 1897:

Por insignificantes que parezcan muchas casas exteriormente, su interior se distingue por la comodidad y hasta la pompa de la instalación. Construidas según el modelo de las villas romanas, las estancias principales de la mansión se agrupan en torno a un gran patio. En éste, casi sin excepción, un magnífico jardín donde brotan flores durante todo el año, y en el que se alzan estatuas y cantan por doquier plácidas y seductoras fontanas. A la derecha del amplio corredor por el que se llega al patio, está la sala de recibir, o el salón que da a la calle. A dicha pieza siguen las demás habitaciones [...] Al fondo del patio cuadrangular está el comedor, lindamente decorado [...] En el salón se ven los ya conocidos y pesados muebles tapizados de damasco, y lo adornan altos espejos, no faltando nunca EL PIANO¹¹.

- Aunque la calle llegó a constituirse en lugar dominado por los hombres, puesto que eran los únicos que participaban de las reuniones o paseos diurnos, ellos preferían sus casas, en donde los espacios eran de dominio exclusivamente femenino.
- Las élites de fin de siglo participaron activamente en el manejo de la ciudad, mediante la introducción de nuevas costumbres que incorporaron a las rutinas de la vida cotidiana. Algunas de ellas fueron “las retretas realizadas al atardecer por una banda militar en forma alternada entre las diferentes plazas”¹².
- Con la creación de clubes sociales, restaurantes, teatros y cafés, entre otros establecimientos, buscaron ampliar las salidas vespertinas a otros lugares, diferentes a las casas de familiares o conocidos, y la realización de tertulias tanto musicales como literarias.
- A principios del siglo XX, los actos públicos se vuelven más numerosos. Con gran esfuerzo, el Director del Conservatorio impuso la celebración de conciertos sinfónicos. Pero a pesar de esto, el bogotano auténtico no había perdido la afición por las audiciones y veladas en familia.

¹¹ ROTH LISBERGER, *Op. Cit.*, p. 94.

¹² MEJIA PAVONY, *Op. Cit.*, p. 477.

Por otra parte, la Iglesia Católica gozó de gran poder, dado que junto con el Ejército, fue la única fuerza de Colombia organizada con rigor. La Iglesia fue la “más importante guardadora del arte, y casi la única guardadora, por habérsela dejado sola en tal sentido”¹³: infundiendo temor y veneración, elevando el espíritu a través de la música y siendo casi la única en cultivar el canto en forma coral y, en armónica unión, el canto individual y colectivo.

Es en torno a la iglesia donde se concentraban los principales acontecimientos de la vida cotidiana del bogotano. En ella se daban cita tanto las beatas, como las comadres, los hombres aburridos, los enamorados, la juventud masculina que deseaba ver desfilar a alguna hermosa bogotana, los comerciantes, artesanos, indígenas y negros, entre otros.

Los matrimonios se realizan en el país, única y exclusivamente, por la Iglesia Católica. Para la realización del matrimonio civil era necesario salir del país, pero aquí no se consideraba válido tal enlace.

La vida cotidiana y la estructura del tiempo. De lunes a sábado, durante todos los meses del año, se repetían las siguientes rutinas:

Después de levantarse, las mujeres se arreglaban, por lo general para salir a la iglesia a oír misa temprano en las mañanas, pues para comulgar debían estar en ayunas.

Cuando regresaban de misa, las damas se encargaban de organizar el desayuno, que era compartido con el marido y los hijos, y duraba más o menos media hora.

Si la mujer tenía medios económicos, se quedaba en la casa cumpliendo las labores de la dueña de casa tradicional de la época: organizando el almuerzo y la comida, el arreglo y la limpieza de la casa, o salía de compras; también se encargaba de la educación y el cuidado de los niños.

En las horas de la tarde, de vez en cuando, hacía algunas visitas, iba a los almacenes en el centro de la ciudad, o se dedicaba a la costura, el bordado y otras manualidades.

Después del desayuno, el hombre salía para su trabajo. Generalmente la jornada de trabajo matutino de oficina se iniciaba a las 8 ó 9 de la mañana y se terminaba a las 12 ó 1 de la tarde. Regresaba a almorzar a su casa, y luego hacía

¹³ ROTHLSBERGER, *Op. Cit.*, p. 110.

la siesta. En esa forma, todo Bogotá se paralizaba al medio día y durante las primeras horas de la tarde. El regreso a la oficina lo realizaba hacia las 3 de la tarde, hora en la cual se reiniciaban labores, hasta las 6 de la tarde.

Después de las 6 de la tarde, muchos hombres salían a dar un paseo por el Altozano, lugar de encuentro y metedero de todos los políticos y charlatanes de la ciudad, o a realizar alguna tertulia. Hacia las 6 de la tarde todo estaba cerrado en Bogotá, con excepción de las pulperías y una que otra botica.

Al comenzar la jornada nocturna, algunos hombres y mujeres de los sectores populares se reunían en las tiendas, en donde la música de cuerda y la chicha los mantenía reunidos por largo tiempo.

En los sectores pudientes, primero comían y luego realizaban las visitas que habían anunciado desde la mañana; asistían a veladas en las cuales se compartía con música y poesía; iban a los bailes o a alguna cena en honor de algún visitante o personaje; realizaban tertulias en casa de amigos, bares, cafés o restaurantes.

Cuando no salían durante la noche, las gentes pertenecientes tanto a los sectores populares como a los pudientes, se quedaban en sus casas y tiendas de habitación, rezaban el rosario en familia, comían y, después, se iban a dormir, aproximadamente a las 10 de la noche.

Los domingos y fiestas de guardar eran estrictos días de descanso, las horas se distribuían de acuerdo con las costumbres afincadas en las prácticas sociales¹⁴. Generalmente los bogotanos cumplían con la misa como precepto religioso en la mañana, y después del almuerzo hacían visitas, salían a pasear por la Sabana de Bogotá, iban al teatro, a bailes; también asistían a peleas de gallos, corridas de toros, carreras de caballos, y jugaban cartas, entre muchas otras actividades.

Las grandes celebraciones colectivas adquirieron gran relevancia y valor dentro de la estructura del tiempo, ya que constituyeron una ruptura de las rutinas en las jornadas capitalinas; en ellas tenían participación los diversos grupos sociales. Dichas celebraciones fueron, en su mayoría, de carácter religioso, católico, excepto la fiesta patria del 20 de julio.

Así se estructuró el tiempo de los bogotanos: las rutinas diarias de trabajo, reposos, descansos dominicales y fiestas de guardar, grandes celebraciones religiosas y una fiesta patria.

¹⁴ MEJÍAPAVONY, *Op. Cit.*, p. 470.

LA EDUCACIÓN MUSICAL DE LA MUJER EN BOGOTÁ (1880-1920)

La mujer entre tiples y pianos. A fines del siglo XIX el estudio del piano en Bogotá estaba en su apogeo. Otro tanto podía decirse de la bandola, el tiple y la guitarra. En la mayoría de las casas pertenecientes a los diversos grupos sociales, en los piqueteaderos, chicherías y hasta en los ranchos más humildes, no faltaban los tiples, las bandolas y las guitarras, adornadas de una cinta roja anudada al clavijero. Las muchachas de sociedad estudiaban con entusiasmo los pasillos y bambucos de la época, y los tocaban a dúo en las fiestas caseras o en los veraneaderos a donde iban en diciembre con sus familias.

La educación musical, en un principio informal, se dio tanto de forma individual, mediante clases a domicilio, como grupal, a través de la formación de grupos que se reunían para disfrutar de la música. Veamos en detalle cómo se desarrolló esta actividad.

La educación domiciliaria. Hace apenas más de un siglo que se institucionalizó la educación musical formal en Bogotá. Pero hacía más de tres siglos atrás que la educación musical se desarrollaba de manera informal. En un comienzo fue domiciliaria, es decir, que se cultivó en el seno del propio hogar, como un arte social que pasó de generación en generación y una afición o un oficio más. Los niños y jóvenes observaban e imitaban a los mayores en su interacción social. El aprendizaje se realizaba a través de la observación, el oído y la repetición continua de piezas musicales de gusto familiar dentro de cada grupo social.

En los periódicos de la época empezaron a publicarse anuncios de personas, tanto nacionales como extranjeras, ofreciendo sus servicios como maestros de piano y canto. Como muestra, citaremos a Francisco Giglioli (1881); Mary Sayer (1882); Eloísa Gálvez de Estévez y su hermano Ricardo Gálvez (1883); María Luisa Sánchez Martínez (1892); Emiliano Robledo (1893), entre otros.

La educación musical informal se impartió no sólo a través de la práctica en las bandas. También se formaron pequeños grupos que se reunían a practicar y a disfrutar de la música. Se conformaron diversos grupos instrumentales, desde duetos, tríos, cuartetos y quintetos, hasta estudiantinas y orquestas de diferentes tamaños.

El restaurante, el bar, la chichería o el café, como sitios de reunión de los habitantes de la ciudad, tuvieron un lugar especial en la forma de vida de los bogotanos. La separación de los grupos sociales se acentuó con la aparición de

restaurantes especializados en comidas internacionales.

La semana santa. En 1886 se celebraba durante ocho días continuos los diferentes episodios de la pasión y muerte del hombre de Dios. Todo mundo participaba con entusiasmo, viendo desfilar a penitentes blancos y negros, los doce apóstoles de las Nieves, y los monaguillos con clavos... Las gentes vestían sus mejores trajes, desde la dama de alto rango, hasta el hijo infeliz de la pobreza.

El miércoles santo salía la procesión de la iglesia de San Agustín a la de San Francisco. Recordaba a Jesús, después de pronunciada su sentencia de muerte, atravesando las calles de Jerusalén en vía hacia el calvario. Este paso era acompañado por muchas señoras y señoritas; representaba la madre dolorosa del hijo de Nazaret.

El jueves santo, siguiendo la costumbre de los países católicos, se ofrecían monumentos o altares especiales para el día, “día de los ministerios”. Se recordaba la institución de la eucaristía. Todos los bogotanos, ya fuera por devoción o por curiosidad, salían a las calles a visitar los monumentos. Los músicos aficionados ejecutaban en ciertas iglesias lo que con el tiempo se constituyó en una especie de concierto muy concurrido.

En la gran solemnidad de cuarenta horas, así como en la del jueves santo, se acostumbraba colocar en lugar penumbroso y misterioso un piano, bueno o malo, o pésimo, y allí, entre bastidores, iban pasando sin parar las pianistas que se relevaban a manera de serenateros o centinelas, y se sentaban a lucir su habilidad.

Eso duraba todo el día, y entre todas se oían seis u ocho buenas, que se escuchaban con gusto. Pero también se escuchaba un mundo de aprendices que “destrozaba los oídos más antiarmónicos”¹⁵. Se oían piezas tales como la *Fantasia* de Thalberg o los *nocturnos* de Chopin; pero también Traviatas, trovadores, valeses, polkas y pasillos “que no debían tocarse sino en los bailes de candil”. Por esos días, el piano estaba totalmente prohibido por la autoridad eclesiástica, ya que se consideraba un instrumento profano y propio de los salones y reuniones mundanas.

Durante todo el año se comían frijoles, lentejas y pucheros, para desquitarse el jueves y viernes santos con un pescado en salsa y una botella de añejo.

¹⁵ **El semanario**, Bogotá, mayo 12 de 1886.

La mujer en el monasterio un 24 de diciembre. Al retornar las pascuas, renacía el coro en los monasterios y claustros. Se cantaba solemnemente el anuncio del nacimiento de Jesús en la mañana del 24 de diciembre. Luego, al son de instrumentos rústicos y entre el canto de villancicos, se felicitaban las monjas, y la Madre abadesa les obsequiaba objetos para adornar los pesebres y de entretenimiento de la época.

Por la noche, en lugar de recogerse en el descanso de costumbre, la Reverenda Madre abadesa invitaba a toda la comunidad al “gran recreo”, es decir, al regocijo y la alegría en torno al árbol de navidad. Entonces “diríase que llovían del cielo luces multicolores; rodaban confites por el pavimento y un hilo de dorado vino caía hasta los bordes cristalinos de la copa”¹⁶.

El oficio solemne de *maitines* empezaba después de las diez de la noche y duraba hasta la hora sagrada, es decir hasta la media noche. Con ese fin se desplegaba el coro, y en el altar se colocaban antiguos damascos y paños de vistosos floripondios.

Durante los aguinaldos, todo el convento se convertía en Gruta de Belén. Cada religiosa le hacía un pequeño pesebre al niño Dios en su celda, lo mejor que podía¹⁷.

La comunidad visitaba las celdas en días diferentes, para observar los pesebres y cantar un villancico delante de cada uno. Esta era una temporada de mucha alegría, en la cual se acompañaban los cantos pastoriles con la vihuela, la pandereta, los ruiseñores y el chucho.

Todo “ese bullicio” duraba hasta la adoración de los Reyes magos, pero la memoria de los ministerios de la santa infancia no terminaba sino hasta febrero, cuando se rezaba la *cítara*, devoción generalmente desconocida. Las hermanas Clarisas guardaban un libro diminuto forrado en terciopelo, cuyo nombre era *Cítara armoniosa*¹⁸, para dar música espiritual al niño Dios huyendo de Egipto, que comenzaba a resonar en los silencios de la media noche de año nuevo, hasta el día siete de enero.

Comenzando el mes de febrero continuaba la conmemoración de los ministe-

¹⁶ MISIONEROS hijos del inmaculado corazón de María, (1929): “El monasterio hoy”, en: **Las clarisas en Bogotá**, Escuela tipográfica salesiana.

¹⁷ *Ibíd*, p. 108.

¹⁸ Reimpreso en Méjico por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año 1788. Provista de motivos de la huida de Egipto entresacados de las visiones de la V. M. Agreda y de leyendas poéticas. El libro estaba dedicado a las Señoras religiosas de la gloriosa Madre Santa Clara de Jesús de la Caridad de Santiago de Querétaro. Escrito en prosa y en verso.

rios y seguía todo el año el fomento de la devoción al recién nacido. Por tradición se veneraba al niño Jesús de Praga en el convento. Esa imagen antigua recibía culto en el convento desde antes de la exclaustación.

La música doméstica. Según *El Semanario* de mayo 12 de 1886, se podría afirmar que era rara la casa en Bogotá en la que no se encontrara un piano. El hecho es que por cualquier calle bogotana, por donde quiera que uno pasara, se oía tocar un piano, por lo menos haciendo una escala.

Por otra parte, se gastaban grandes sumas de dinero en importación de pianos de Europa o de Estados Unidos; algunos de buena calidad, para que aprendieran en la casa los que estaban en disposición de aprender, lo cual no dejó de hacer competencia a ciertos músicos que en otros tiempos eran llamados a tocar en las tertulias caseras, pues bastaba un piano y una persona que lo tocara, para pasar el rato hasta las cinco de la mañana.

Esta abundancia de pianos dio como resultado que docenas de señoritas que amaban la música, la conocieran e interpretaran, familiarizándose con el arte, juzgándolo, embelesándose tocando con alguna amiga una pieza a cuatro manos, o a solas una sonata de Mozart o de Beethoven. También trajo como resultado la producción de muchedumbres de polkistas, valsistas, pasillistas y bambuquistas llenas de ilusiones, que nunca salieron de la clase de *cachifas* y tampoco quisieron aprender más que ese tipo de piezas musicales.

Estas niñas empezaban con mucha formalidad. Sus padres les ponían un maestro de música que ganaba uno o dos *fuertes* por lección. Comenzaban a aprender teoría y a tocar escalas y ejercicios. Pero a los dos o tres meses, cansadas de mover los dedos inútilmente, suplicaban a sus maestros: "Póngame una piecita que suene sabroso, aunque sea un valsecito". Si el maestro no accedía, entonces era despedido con cualquier pretexto, y la niña se ingeniaba con alguna amiga para proveerse de una cantidad de pasillos y danzas cubanas, que aprendía al oído, con mucha facilidad. Tales piezas eran suficientes para divertir y bailar todo el año.

No existiendo más música para oír en Bogotá que la que los bogotanos mismos podían ejecutar, las actividades de los jóvenes músicos deseosos de progresar se limitaban escasamente a estudiar las obras sinfónicas en versiones para piano a cuatro manos, y a preparar "trozos de efecto" para lucirse en las veladas sociales o en los conciertos de caridad. Diversos conciertos y veladas eran objeto de comentario en los diarios de Bogotá:

GRAN CONCIERTO: El sábado último volvimos a hallarnos en una de esas reuniones nobilísimas que de tarde en tarde se celebran en el salón de grados, bajo el atractivo arte sublime: la música. Encargada por la sociedad

San Vicente de Paúl, la señora **Hortensia Lacroix** de Suárez Fortoul, organizó y dirigió un bazar anual para el socorro de los pobres. Ella tuvo la idea de fomentar un gran concierto que fuera a la vez recreación para la mayor parte del vecindario, y a la vez fuente de recursos para subvenir los gastos de los pobres de la sociedad San Vicente de Paúl.

Se ejecutaron dieciséis piezas, obras de célebres maestros del arte. La sinfonía de Nabucodonosor, a grande orquesta. Una galopa para piano a cuatro manos, ejecutada por las **señoritas Sista y Tulia Suárez Santander**. Aria de Ruy Blas, cantada por la **señorita Mercedes Lagarcha**. Gran capricho sobre motivos de Sonámbula, de Thalberg, tocado en el piano por la **señorita María de Jesús Arias**. Dúo de Imasnadieri, cantado por la **señorita Paulina Suárez Lacroix** y por el señor Eusebio Caro. Rondó caprichoso de Mendelson, para piano, tocado por la señorita Teresa Tanco. Aria del Trovador, cantada por la **señorita María Pardo Potpourri** sobre motivos de Ernani, a grande orquesta. Valse lento del Ballet de Sylvia, para piano, tocado por la **señorita María Suárez Lacroix**. El éxtasis, valse cantado por la señorita Paulina Suárez Lacroix.

Capricho para piano de Commetant, tocado por la **señorita Isabel Caicedo Suárez**. Aria de Ruy Blas, arreglado en los violines, con acompañamiento de piano, obra tocada por el Señor Ricardo Figueroa y la **señorita Teresa Tanco**. Aria de Linda de Chamounix, cantado por la **señorita Mercedes Lagarcha**. Dúo del Trovador, cantado por la **señorita María Pardo** y el señor Epifanio Garay. Serie de valeses a grande orquesta.

Todas las señoritas fueron calurosamente aplaudidas, como era de justicia. Dirigió la orquesta el señor Sindici, cultivador del arte entre nosotros desde el año 1863.

No hay prudencia, ni tampoco la debida consideración por las familias, en hacer distinciones, cuando se trata de una función en que **han lucido preciosas jóvenes que cultivan el arte por placer doméstico y por adorno personal**. Por primera vez, y con mucho lucimiento, tocaron en un concierto las señoritas María Paulina, Sista y Tulia Suárez. **La señorita Teresa Tanco, es una veterana del piano**: el público sabe con antelación que bajo sus dedos no suena nada que no sea perfectamente ejecutado. **La señorita Isabel Caicedo es también una profesora en regla**.

Son igualmente conocidas y admiradas de tiempo atrás, **por su canto, las señoritas María Pardo y Mercedes Lagarcha**. La señorita María de Jesús Arias domina las dificultades de las piezas de Thalberg, y con esto creemos decirlo todo.

Oyendo tocar a las señoritas Sista y Tulia Suárez Santander, la imaginación

¹⁹ El diario de Cundinamarca, Bogotá, martes 22 de noviembre de 1881.

nos representó con mucha viveza a sus padres, el patriota, muy entusiasta por todo lo bello y todo lo grande, doctor Manuel Suárez Fortoul, y la elegante y muy culta señora Tulia Santander¹⁹.

El 12 de octubre. Para esta fiesta patria, en el Teatro Colón hubo un concierto de inauguración del edificio, organizado por doña Teresa Tanco de Herrera, doña Rosa Ponce de Portocarrero y doña Carmen Gutiérrez Osorio. El 13 de octubre por la tarde, los Batallones del ejército ejecutaron varias evoluciones militares en la Plaza de Bolívar. Por la noche, para terminar la fiesta, se llevó a cabo una velada literaria en el Colegio de San Bartolomé.

La gruta simbólica. Así se llamó a la última tertulia bogotana de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fue la reacción literaria y temperamental contra un pasado lleno de errores y faltas; disfrutaron de ella hombres de ciencia, literatos, músicos, filósofos y poetas.

La gruta se inspiró en el movimiento literario en plena “Belle époque”, encabezado en Francia por Mallarmé, Verlaine, Baudelaire y muchos más, que buscaban nuevas normas para la expresión literaria, totalmente reñida con el viejo sistema clásico y la reciente ola romántica. Los apóstoles de esta nueva evolución le dieron el nombre de simbolista y decadente.

En aquellas casas, “plenas de finas y gentiles damas, y de socios todos pulquerrimos y bien trajeados, que entre versos, valeses y finísimos licores y exquisitas cenas, lucían todo su arte y su ingenio”²⁰.

Después de dejar a las señoras en sus casas, los socios iban a los círculos y clubes, o a los bares, a encontrarse con sus amigos ajenos a aquella hermandad. Así, por fuera, se reunieron en cantinas, restaurantes, piqueteaderos, tiendas y bajos barrios, entre otros lugares. Algunos de los “metederos” favoritos fueron: La Cuna de Venus, El Fuerte de San Mateo, La Rosa Blanca, El Folí y la Calle once, donde preparaban sabrosos piquetes con sobrebarriga, papas chorriadas, cuchuco con cola de cerdo, ensalada de aguacate, ají y refajo²¹.

La guerra civil de 1895 estalló con la insurrección radical en Santander, a fines de diciembre de 1884. Con ella se pretendía derrocar al presidente Núñez. Como ya existía un ambiente a favor de una reforma, nació la constitución de 1886²².

La guerra civil de 1899, llamada de los Mil Días, fue la última del siglo XIX. Se desarrolló entre 1899 y 1902, debido a las divergencias del partido liberal con la

²⁰ PEÑARETE, Fabio (1972): **Así fue la Gruta simbólica**, Bogotá, tipografía hispana, p. 80.

²¹ *Ibíd.*, p. 21.

²² OCAMPO LÓPEZ, Javier. (1999) **Colombia en sus ideas**, Bogotá., Fundación Universidad Central. Capítulo XXVII, Tomo II, p.797

hegemonía conservadora de la Regeneración, y a la búsqueda de una reforma fundamental en la constitución de 1886.

“En 1883 existían en Bogotá, aparte de los establecimientos públicos y el seminario sacerdotal, doce colegios para muchachos y nueve para muchachas”²³. La ley 39 de 1903, orgánica de educación, dictada bajo la administración Marroquín, siendo José Antonio Uribe ministro de instrucción pública, dividió la educación en Primaria, Secundaria, Industrial y Comercial, y *Profesional y Artística*. Se estableció, además, la inspección departamental y local. La Ley 48 de 1918 versó sobre la enseñanza de las Bellas Artes.

Eran raros los conciertos públicos, excepto por los que ofrecían las dos bandas militares con las cuales contaba la ciudad, puesto que se había carecido de una buena orquesta. Claro que no faltaban algunas pianistas notables, aunque Rothlisberger, en su obra *El Dorado*, comenta que era aún más extraño escuchar música clásica verdaderamente bien ejecutada en alguna casa particular, y que sí era más frecuente el martirio de tener que escuchar el desconsiderado aporreo de piezas de ejecución realmente difícil²⁴.

Una nueva profesión para la mujer. La Academia Nacional de Música fue fundada en 1882. Inicialmente solo los hombres tenían acceso a estos estudios. Pero en 1887 se fundó la sección de señoritas, bajo la dirección de Doña Carmen Gutiérrez de Osorio. Con la colaboración de damas como Trinidad Plata de Gutiérrez, Virginia París y María de Jesús Olivares, se iniciaron las clases para señoritas el 3 de octubre de 1887.

Se matricularon en la academia 31 alumnas, 11 de las cuales recibieron gratis las enseñanzas, que versaron sobre canto, piano, violín, teoría y solfeo, y se dictaban todos los días de 8 a 10 a.m.

Jorge Price, caballero inglés fundador de la Academia Nacional de Música, con motivo de la fundación de la sección de señoritas, expresó en una carta dirigida al Ministro de instrucción pública, lo siguiente: “El inmenso bien que se le hace a la mujer por medio de la educación artística, y la nueva y honrosa carrera profesional que se le proporciona, bien merecen, señor Ministro, los sacrificios de la señora Directora y sus dignas colegas a favor del bello sexo colombiano”.

Con la apertura de la sección de señoritas se abrió una posibilidad para la mujer de seguir una “nueva y honrosa carrera profesional”. De la Academia Nacio-

²³ ROTH LISBERGER, *Op. cit.*, p. 137.

²⁴ *Ibid*, p. 97.

nal de Música salieron distinguidas damas pianistas, cantantes y violinistas. Entre ellas citaremos las siguientes:

Pianistas: Mercedes Vélez Arango, quien fue profesora del Conservatorio; María Ignacia Reina de Rosales, Sofía Antolínez de Sánchez, Anunciación y Herminia Almánzar, María Luisa Price de Auli, Magdalena Osuna de Hernández, Carmen Martín de Páez, Lucía Gutiérrez de Macía, María Umaña de Pardo y Dolores Lleras de Focke, entre otras.

Violinistas: Sofía Páez González, quien fundó una escuela para la enseñanza de violín; Rebeca y María de la Paz García, y María Escobar de Aguirre, entre otras.

Cantantes: Ana María Tejada, profesora que fundó una academia para la enseñanza de canto en 1915, en la que formó una generación de cantantes; Henriette de Samper, Rosa Calancha de Herrera, María Manzini de Santamaría, María Pardo, María Luisa Peña y Matilde Sayer de Camacho, entre otras.

Entre las figuras femeninas se destacó especialmente Teresa Tanco de Herrera, gran pianista que estudió en el Conservatorio de París, y fue, además, la compositora de la zarzuela *Similia Similibus*.

A simple vista parecería que los estudios musicales formales estaban dirigidos a las damas más distinguidas de la sociedad. Pero para las futuras pianistas, violinistas o cantantes, no resultaba fácil mantenerse en la academia, ya que eran eliminadas de las clases de música por diversos motivos, tales como: padecer de laringitis, por desafinación, falta de estudio, problemas personales o, simplemente, por considerar que no tenían disposición para la música.

Pero aun teniendo disposición para la música, el hecho de que una mujer pensara contraer matrimonio constituía razón de suficiente peso para ser eliminada de las clases. Es así como consta en el acta de febrero de 1892 que la Directora de la sección femenina de la Academia Nacional de Música, Sra. María del Carmen G. de Osorio, resuelve eliminar a la señorita Blanca Vélez de las clases de canto y violín, debido a que pensaba contraer matrimonio. Por ello le solicitó la cancelación del documento de fianza, por la suma de \$12,50, correspondientes al primer año de estudios.

Las alumnas más adelantadas en instrumento debían desempeñarse como “repetidoras” de las clases elementales de piano, violín o canto. Según documentos de fianzas, los alumnos y alumnas de la Academia estaban obligados a servir gratuitamente como repetidores, por el término de seis meses en la clase que el Director determinara.

Según consta en el acta de febrero 22 de 1892, del libro de actas de la Academia Nacional de Música, fueron nombradas como repetidoras las señoritas Mercedes Vélez y Tulia Sánchez, para prestar ese servicio a la hora que determinara la Directora de la sección de señoritas. Esto se hizo teniendo en cuenta que por la época se presentaban numerosas solicitudes para las clases de piano, y el número de maestros era insuficiente.

Como en toda institución del Estado, en la Academia Nacional de Música se llevaban a cabo los retiros espirituales, cada año, durante tres a cinco días del mes de marzo. Por supuesto, las señoritas no podían faltar, y las sesiones de retiro para ellas se realizaban desde las 12 m. hasta las 2 p.m.

Durante los períodos de guerra no se dictaban clases normalmente en la Academia, incluso se tuvo que cerrar durante la guerra de los mil días. Pero estaba terminantemente prohibido que sus alumnos tomaran clases particulares con profesores que no pertenecieran a la institución.

CONCLUSIONES

La educación musical de la mujer en Bogotá a fines del siglo XIX y principios del XX se realizó en las dos modalidades de educación: formal y no formal. La educación no formal consistió, específicamente, de una instrucción domiciliaria. Es decir, que un maestro de piano, guitarra o tiple debía ir a la casa de la alumna y complacer su gusto musical. Para tal fin, tenía que enseñarle los ritmos que estaban de moda en esa época, tales como los pasillos, bambucos y danzas, entre otros. Por esta razón, la educación musical tuvo que hacerse a nivel casi empírico, a través de la imitación, el oído, el ensayo, el error y la repetición.

Los maestros de música que trabajaban a domicilio, tenían que preparar a las niñas para que tocaran cierto repertorio popular, con el fin de poderse lucir en las reuniones, veladas y fiestas sociales. La música, así, constituía una “gracia y un adorno” para la mujer.

Cuando el inglés Jorge Price fundó la Academia Nacional de Música, en 1882, se inició la educación musical formal en Bogotá. Como la Academia empezó a funcionar únicamente con la sección de varones, la mujer siguió sin tener acceso a la educación musical formal, hasta el 3 de octubre de 1887, cuando se abrió la sección de señoritas. Surgió así la posibilidad de que la mujer ingresara en la carrera de la música a nivel profesional. Tal profesión era considerada una novedad y, además, muy *honrosa*.

Esta nueva y honrosa profesión en cierta forma condenó a la mujer a la soltería. El hecho de pensar siquiera en contraer matrimonio mientras se era alumna de la Academia constituía razón suficiente para que se eliminara a una alumna de las clases. De esta manera se limitó el crecimiento personal de la mujer, impidiendo su desarrollo integral como música y como mujer.

En general, la educación musical formal en Bogotá fue exclusivista, pues sólo permitió el acceso de las mujeres pertenecientes a los grupos socio-económicos más altos. Fue una educación que discriminó a las mujeres de los grupos minoritarios, tales como las indígenas y las negras. Debido a esa discriminación, las negras y las indígenas fueron destinadas a desempeñar oficios tales como aguateras, empleadas del servicio doméstico, vendedoras en el mercado y cargadoras; también se ocuparon del lavado y planchado de ropa, y algunas se vieron obligadas a ejercer la prostitución.

FUENTES

A. FUENTES PRIMARIAS NO IMPRESAS

A.1. Las siguientes fuentes han sido tomadas del **Archivo General de la Nación**, Archivo Anexo II, Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Actividades Culturales de 1880 a 1919. Cajas números 1, 2, 3 y 4, cada una con cinco carpetas.

- Resolución de febrero 16 (1910) del Director de la Academia Nacional de Música, Sr. Jorge Price, sobre matrículas y documentos de fianza reglamentarios. Manuscrito firmado por el Director.

A.2. Las siguientes fuentes han sido tomadas del **Archivo Histórico de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia**:

- Libros de Actas de la Academia Nacional de Música, y Conservatorio: No. 001, 002, 008.
- Libros copiadore de correspondencia: 003 y 009.
- Libros de matrículas Nos. 004, 005, 007.

B. FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

- **Anuarios de la Academia Nacional de Música de Bogotá**, desde 1888, hasta 1898. Misc. No. 876 (8) B. N.

- **El Conservador**. (1882): **Lecciones de piano, Mary Sayer**, mayo 25. (Biblioteca LAA.).

- _____ . (1883): **Clases de piano y canto Eloísa Gálvez de Estévez**, mayo 19 (B. LAA).

- **El Semanario**. (1887): **Crónica bogotana: Concierto de caridad**. mayo 19 (B. LAA).

- **La Prensa.** (1891): **La vida bogotana: semana santa**, marzo 6 (B. LAA)
- PRICE, Jorge. (1882 a 1897) **Memoria histórica del fundador de la Academia Nacional de Música**, desde su fundación hasta 1897, discursos pronunciados, decretos, Resoluciones. Bogotá, Misc. 319 (1) (BN).
- **Programa de la velada literario musical** que se efectuó en la noche del 12 de octubre, con motivo de la Fiesta de la Raza, con participación de alumnas de la Academia Nacional de Música. Bogotá, Imprenta Eléctrica de *El Conservador*.

FUENTES SECUNDARIAS: BIBLIOGRAFÍA

- CANE, Miguel. (1988.): "Las casas por fuera y por dentro", en: **Bogotá 450 años**. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- LE MOYENE, A. (1945): **Viajes y estancias**, Bogotá, Biblioteca popular de cultura colombiana, V. IX.
- MANTILLA RUIZ, Luis Carlos. (1994): **Historia de la Arquidiócesis de Bogotá 1564-1993**. Editorial Arquidiócesis de Bogotá.
- MAZUERA, Luvin. (1972): **Orígenes históricos del bambuco. Cronología de autores**, Editorial Cali, Imprenta Departamental.
- MEJÍA PAVONY, Germán Rodrigo. (1988): "Condiciones de vida y dominación a finales del siglo XIX", en: **Boletín de Historia**, Bogotá, Vol. 5, No. 9, enero-diciembre.
- _____. (1999): **Los años de cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910**. Bogotá, Centro editorial Javeriano.
- MORA, Luis María. (1936): "Los contertulios de la gruta simbólica", en: *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá, Editorial ABC, Libro V.
- ORTEGA RICAURTE, José Vicente. (1927): **Historia crítica del teatro en Bogotá**, Bogotá, Talleres ediciones Colombia.
- _____. y FERRO, Jetón. (1952): **La gruta simbólica y reminiscencias del ingenio y la bohemia en Bogotá**, Bogotá, Editorial Minerva Ltda.
- PEÑARETE, Fabio. (1972): **Así fue la gruta simbólica**, Bogotá, tipografía hispana.
- POMBO, Manuel. (1936): **La niña Águeda y otros cuadros**, Bogotá, publicación del Ministerio de Educación Nacional, Editorial Minerva S.A.
- ROMERO, Mario Germán. (1990): **Bogotá en los viajeros del siglo XIX**. Bogotá, Colombia, Villegas Editores.
- ROTHLISBERGER, Ernst. (1963) **El Dorado**, Bogotá, Banco de la República, traducción de Zubiaurre.